

TODOS LOS NUDOS, UN NUDO

Adhesión a los cien años del Escultismo Mundial



*Durante la cena
Jesús se levanta de la mesa,
se quita el manto,
y tomando una toalla,
se hizo un **nudo** a la cintura.
Jn 13, 3-4.*

Me parece que el escultismo pasó cien años jugando, armando y desarmando carpas y rincones, haciendo nudos y amarres, mirando estrellas, cometas y eclipses, compartiendo y sirviendo, escalando las montañas más altas y uniendo distancias de millones de caminos en el mundo; mientras tanto, los fogones campamenteros no dejaron enfriar el ideal de una fraternidad universal, cada vez más cercana.

En el verano de 1907, *Sir Lord* ROBERT SMITH BADEN POWELL (B.P.) invitó a una veintena de muchachos al primer campamento-juego en la isla de Brownsea. Fue la primera experiencia scout, y de ese audaz ensayo resultó el método que haría felices a millones de jóvenes de todo el mundo durante el siglo xx.

Me imagino a B.P. en la víspera, pergeñando ese campamento. Soñaba con aquella primera aventura. Como buen militar, no perdía detalle: todo debía estar preparado para que el primer contacto de sus muchachos con la naturaleza resultase inolvidable. Es cierto, no eran los soldados disciplinados de Kashimira en el Norte de la India, ni los valientes e ingeniosos defensores de Mafeking, en Sud África. Era una especie de *Armada Brancaleone*, cuya leva

se había realizado en las esquinas londinenses, en torno a los fogones espontáneos que congregaba a multitud de jóvenes desocupados y a la deriva, en la Inglaterra industrial y hambrienta de comienzos del siglo xx. De esa primera convivencia, surgiría un método fantástico, llamado a perdurar y crecer, hasta alcanzar una proyección insospechable. No está demás recordarlo: el escultismo nace en la marginalidad, en la periferia de una sociedad que no daba oportunidades a los muchachos que -como decimos hoy-, estaban fuera del sistema. B.P. confió en ellos y apostó a multiplicar los valores de cada uno de esos jóvenes, conociendo la capacidad de respuesta que los caracteriza. Hasta la edad avanzada, mantuvo un corazón joven, capaz de contagiar la alegría del servicio, y como un apóstol trató de imitar a su Maestro, que pasó *haciendo el bien*.

Desde aquel campamento piloto hasta nuestros días, al escultismo no lo detuvo ninguna frontera cultural ni política, ni siquiera las dos grandes guerras del siglo xx impidieron su propagación por el mundo entero, porque basta que haya niños y jóvenes inquietos y audaces, capaces de compartir un ideal y de soñar e imaginar un mundo mejor, para que se encienda la chispa del juego y se mantenga latente la alegría del servicio.

Entre tantas enseñanzas que espigo de mi itinerario scout, una de las más entretenidas es el útil aprendizaje de los nudos y su aplicación más inmediata que son los amarres –rincones, puentes, balsas, mástiles, mangrullos, etc–. En *Escultismo para muchachos*, B.P. dice que *una vida puede depender de un nudo bien hecho. Un nudo bien hecho, es uno que puede resistir cualquier esfuerzo y sin embargo, puede deshacerse con facilidad... Es indispensable practicar mucho.*¹

Nudos hay de todas las formas y funciones que nos podamos imaginar, y hasta los scouts más ingeniosos y hábiles crearon nudos nuevos al combinar los clásicos de la cabuyería náutica. Así conocimos desde los más simples hasta los más complejos: *ballestrinque, llano, zarpa de gato, cadena, ocho simple y doble, barrilito, leñador, margarita, evadido, escota simple y doble, corredizo, vuelta de escota, ahorcado, corbata, as de guía, chicote*, y hasta hay un nudo llamado *tonto...*; la variedad queda justificada por la utilidad específica de cada uno. En fin, hay nudos como para dulce.

Cuando era *lobato*, mi primera experiencia se dio con el ballestrinque –entonces tenía siete u ocho años–. Fue en la parroquia *Nuestra Señora de la Salud*, en el primer grupo scout católico de la Capital, y quizá de la Argentina. Había muchos chicos y era el tiempo de los torneos, donde también participaba la *manada*. Estábamos muy motivados con todos los juegos de competencia y los sábados y domingos tratábamos de batir nuestro propio récord. A mí, me tocaba intervenir en la construcción de una camilla con

¹ Ediciones de la Hermandad Mundial, México, 1960, versión castellana del Ingeniero Jorge Núñez, 5ª Edición, Fogata 8, 118.

doce nudos ballestrinques alternados en paralelos en dos coligües. Mi marca era de 12 segundos, y con toda la furia: 11 segundos y 5 décimas. Era un campeón, hasta que ingresó a la manada un chico de una villa cercana: flaquito y medio tímido, pero a la tercera reunión su marca fue de 9 segundos. Por supuesto, ocupó mi lugar y me tuve que contentar con participar en el montón. Akela tuvo la delicadeza de explicarme que Dios le da a cada uno un don y hay que saber descubrirlo en uno y respetarlo en los demás. Los nudos, desde chico, me enseñaron que siempre hay quien es más rápido que uno, y por lo tanto, nos sucede alguien que hace las cosas mejor que nosotros: entonces, este mundo tiene la posibilidad de funcionar mejor. Fue una experiencia dolorosa pero linda y verdadera. Hoy sigo pensando lo mismo: no somos imprescindibles, pues siempre nos sucederá alguien que hará las cosas mejor que nosotros.

Regresando a los nudos, recuerdo que el abuelo de un guía de patrulla, de origen gallego, había sido pescador en su pueblo cuando era muy chico y a pesar del tiempo transcurrido no se había olvidado de la técnica para elaborar las redes de pesca. Fue él quien una tarde de sábado, en el patio de la parroquia, nos enseñó a hacer los nudos para trenzar la red de un *medio mundo*. Con más entusiasmo que precisión la terminamos a los apurones y la llevamos al campamento como el arma secreta de la patrulla, pero resultó que en el arroyo donde la estrenamos, no había más que mojarritas muy pequeñas y pasaban por la red como fideos por colador roto... En fin, la experiencia sólo sirvió para engrosar el anecdotario.

Los nudos y amarres son parte apasionante de la propuesta educativa del escultismo, y cuando los nudos se combinan con los juegos en los campamentos, ocurre algo maravilloso. Con ellos se construyen puentes que unen orillas y achican distancias; también se construyen mástiles, mangrullos y escaleras para ganar alturas. La habilidad de nuestras manos y una buena soga pueden hacer cosas memorables, como un puente colgante. Pasarlos temblando, es una experiencia de adrenalina pura... Será por su gran utilidad y versatilidad que nos dan pie, analógicamente se entiende, para entrever su sentido espiritual. Atar y desatar, amarrar y liberar, dicen y sugieren actitudes del corazón humano –miserias y grandezas–, y nos ayudan a comprender a las personas y a convivir en el gran juego de la vida.

El último nudo que aprendí es el que me sujeta la toalla a mi cintura durante el rito del lavatorio de los pies el Jueves Santo. Lo repito año tras año cuando conmemoramos la Última Cena y Primera Eucaristía, en la que el Maestro realizó a sus discípulos el servicio que habitualmente estaba a cargo de los esclavos de la casa. Él mismo *tomó la condición de esclavo* (Flp 2, 7); todos recordaron con este sencillo gesto lo que ya les había anunciado: *El Hijo del hombre no vino a ser servido, sino a servir* (Mt 20, 28). Es el mejor icono de la

doctrina del servicio: Jesús arrodillado ante cada apóstol para hacerles el servicio de la salvación. Cuando terminó la tarea, mirándolos a los ojos les preguntó: *¿Comprenden los que acabo de hacer? Ustedes me llaman "el Maestro" y "el Señor", y dicen bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros* (Jn 13, 12-13). Al terminar, en ese contexto les entregó el mandamiento nuevo del *amor*. El nudo aquel pasó inadvertido, pero lo más lindo es que ha quedado su significación espiritual. Sí, desde que el *Señor hizo el gesto de infinita humildad, precisamente antes de morir por nosotros en la cruz*², dejó anudado para siempre en el corazón de sus amigos, el *amor* y el *servicio* al prójimo. El sello es inconfundible: sus discípulos se distinguirán sólo si son capaces de hacer lo mismo con sus hermanos, los hombres.

El paso del tiempo y la falta de práctica hacen que los nudos se nos olviden y también su aplicación. Pero si hay un nudo que no podemos olvidar es el *nudo del dirigente*, el que rememora a aquel otro que ciñó la toalla al cuerpo humano y divino del Señor. Y es tan fuerte el signo que nos dejó, que en cada encuentro o reunión, el Maestro nos pide que lavemos los pies a quienes ha puesto a nuestro cuidado: sirviéndolos con amor, jugando con entusiasmo, acompañándolos en el camino que vamos a hacer juntos, brindándoles los valores superiores del espíritu humano, con gestos, palabras y entregas de corazón, de tal modo que, educándolos en la libertad, descubran el don del amor y la alegría del servicio. Quienes así entienden el escultismo van construyendo un puente fuerte y hermoso entre el Evangelio y el método scout, por donde van y vienen multitud de niños y jóvenes al encuentro de Cristo, “camino, verdad y vida” (Jn 14, 6).



+Mario Aurelio Poli

² Benedicto XVI, *Sacramentum Caritatis*, 1.